

El Síndrome Salinger: **Boletín del *me too* y elegía de una voz** **narrativa múltiple**

Carlos Carrión Figueroa

Universidad Nacional de Loja, Ecuador

carloscarrión44@hotmail.es

Recibido: 13 de octubre de 2024 / Aprobado: 20 de octubre de 2024

Resumen

El síndrome Salinger de Marcelo Báez Meza es una novela innovadora y audaz que combina múltiples géneros y técnicas narrativas para explorar temas de abuso sexual y poder desde una perspectiva feminista. La obra investiga las historias subterráneas de figuras literarias como J.D. Salinger, Pablo Neruda y Michel Foucault, revelando sus comportamientos depredadores hacia mujeres jóvenes. A través de una estructura fragmentaria y una narrativa intertextual, el autor denuncia estos crímenes, entrelazando historias contemporáneas con referencias históricas y culturales. La novela también destaca la lucha de las víctimas y su búsqueda de justicia, utilizando recursos literarios y periodísticos. Con una prosa sobria y eficaz, *El síndrome Salinger* se erige como una obra que combina denuncia social y arte literario, honrando el Premio Nacional de Novela Miguel Riofrío 2024.

Palabras clave: literatura latinoamericana, me too, novela ecuatoriana, literatura feminista, intertextualidad.

Abstract

Marcelo Báez Meza's *El síndrome Salinger* is an innovative and bold novel that combines multiple genres and narrative techniques to explore themes of sexual

abuse and power from a feminist perspective. The work investigates the underground stories of literary figures such as J.D. Salinger, Pablo Neruda, and Michel Foucault, revealing their predatory behaviors toward young women. Through a fragmentary structure and an intertextual narrative, the author denounces these crimes, interweaving contemporary stories with historical and cultural references. The novel also highlights the struggle of the victims and their search for justice, using literary and journalistic resources. With a sober and effective prose, *El síndrome Salinger* stands as a work that combines social denunciation and literary art, honoring the 2024 Miguel Riofrío National Novel Prize.

Keywords: latin american literature, me too, ecuadorian novel, feminist literature, intertextuality.

El síndrome Salinger (Ediciones de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Loja, 2024), Premio Nacional de Novela Miguel Riofrío, de Marcelo Báez Meza, es innovadora en algunos sentidos, y en muchos sentidos memorable. Por su importancia, solo me voy a dedicar a dos de ellos: el formal y el temático.

Para empezar *El Síndrome* es una brillante muestra de sabiduría narrativa. Una audaz mezcla de géneros, como lo anuncia el epígrafe de Pier Paolo Pasolini, constante en la página nueve de la obra: «Su lenguaje es el que se usa en el ensayo, en ciertos artículos de prensa, en la crítica, en las cartas personales y aún en la poesía». Se queda corto dicho epígrafe ya que el arrollador discurso narrativo echa mano además de las entrevistas, de los decálogos, de las moralejas, de las invocaciones griegas al Hades y al oráculo de Delfos, de la novela policiaca, de las plataformas de internet y hasta de la inteligencia artificial, como lo revela el crédito de la ilustración de la portada.

La *nouvelle* parte de la fragmentación como principio constructivo y emplea la intertextualidad como práctica de dicho principio. Marcelo Báez Meza o mejor dicho el «yo narrativo» de *El síndrome Salinger*, es un yo feminista, en el mejor sentido de la palabra, que ha investigado la historia subterránea de escritores como D.J. Salinger, el célebre autor norteamericano de *El guardián en el centeno* y *Levantad la viga maestra*, el escritor mexicano Juan José Arreola, el Nobel chileno Pablo Neruda, el cantautor cubano Pablo Milanés y Michel Foucault, el filósofo francés de *Las palabras y las cosas*.

Además, ha investigado la historia subterránea del crítico y académico ecuatoriano Eduardo Torres, cuyo nombre bien podría ser un alter ego de Marcelo Chiriboga, el escritor ecuatoriano creado irónicamente por Carlos Fuentes y José Donoso, en la década de los setentas. Un escritor ficticio que brilla a la altura de Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar y el propio Carlos Fuentes en el dichoso tiempo y espacio de los reflectores imparables del llamado Boom latinoamericano.

Los personajes investigados por el «yo narrativo» de *El Síndrome Salinger* podrían ser definidos como depredadores sexuales adultos, burdos e inmisericordes, dedicados a seducir adolescentes fascinadas por su aura de escritores de prestigio. Dicho «yo» ha investigado las tácticas de J.D. Salinger, que vivió un año con Joyce Maynard, año durante el cual su caza de otras presas no había ni siquiera amainado, como una especie de violador compulsivo. J. D. Salinger escribía a las adolescentes aprendices de escritoras, con falsas ofertas de ayudarlas a despuntar en su trabajo literario, y de poner al servicio de ellas su valiosa influencia en el medio editorial del país, con el único objeto de la posesión sexual. Esa misma investigación habla de Juan José Arreola que embarazó a Elena Poniatowska. La investigación remite incluso a una carta pública de los herederos de Arreola que solicitan a Poniatowska desmentir el hecho. Asimismo, el escritor mexicano abusó de Tita Valencia. Como adenda, leemos el caso del filósofo francés Michel Foucault, que era un violador de niños árabes cuando vivió en Túnez en la década de 1960.

En el caso de Neruda, ni siquiera se daba el trabajo de seducirlas con señuelo alguno. Está narrado por Lucrecia Lanza, en la unidad narrativa titulada «Neruda o un violador en mi camino», a su vez transformada en narradora dentro del narrador general de la novela, en uno de los tantos juegos de audacia técnica de esta breve y valiosa obra de la novelística más actual de Ecuador.

Con una prosa sobria de eficacia implacable, casi perteneciente a la escritura policiaca, se representa al joven Pablo Neruda que durante los años 1928 a 1932, fue convertido en cónsul de su país en Batavia, Colombo, Java, Sri Lanka, Rangún, Birmania y Singapur, y su residencia, en la guarida de un impune violador. No sin ironía implacable, Lucrecia narra «la soledad luminosa», nombre con el cual el «sátiro» chileno intenta justificar poéticamente sus años de violador. Es importante señalar que como esos delinquentes actuales que filman sus fechorías en los celulares y las difunden por internet, el poeta chileno contó sus violaciones en sus memorias, tituladas *Confieso que he vivido*. Es en este libro de memorias, es decir en las propias palabras de Neruda, donde lo descubre la narradora. Menciona incluso a Patsy, su cómplice y proveedora contumaz de chiquillas. Sin duda este fragmento de la novela de Báez Meza va a producir resquemores en algún defensor del violador chileno. Por último, menciona a Neruda, casado con Maryka Antonieta Hanegaar, con quien procreó una niña hidrocefálica, a las cuales abandonó poco tiempo después.

Esa misma investigación policiaca del «yo narrativo» de *El síndrome Salinger* persigue al crítico y académico ecuatoriano Eduardo Torres que viola a Lucrecia Lanza, alumna suya, ilusionada un día en que supuestamente iba a explicarle los roles accanciales de Greimas. Las páginas de su violación son estremecedoras y de una intensidad literaria única dentro de la novela ecuatoriana y del continente. Con el recurso de las tácticas de una boxeadora acorralada contra las cuerdas, la propia Lucrecia Lanza, relata su inhumana violación. Y luego la frialdad y la falta de conciencia de la bestia saciada, sin sentimientos ni perturbación alguna, sino ella sola, satisfecha de su animalidad. Como dice Wislawa Szymborska en un verso del terrible poema «Alabanza de la mala opinión de sí mismo»: «Las pirañas no dudan de la honradez de sus actos». No es arriesgado decir que dicha violación concentra las demás violaciones, que, gracias a una serie de estrategias técnicas sutiles, la novela tan solo ha enunciado de modo tangencial.

La novela de Marcelo Báez Meza no puede poner en las páginas iniciales la aclaración habitual de que todo parecido entre los personajes y sus historias con las personas y las historias de la realidad es casualidad simple, puesto que utiliza a propósito nombres propios e historias «reales», documentadas quirúrgicamente. Este hecho se fundamenta en las tres páginas de referencias bibliográficas que dan cuenta de dicha investigación que da la medida de que las historias son denuncias vivas, cuyo peso específico es la autenticidad histórica. Un trabajo que inaugura un nuevo sendero

narrativo, dentro del cual la novela como objeto poético autorreferencial es a la vez objeto y producto de investigación digital y bibliográfica.

A la par de los nombres de los depredadores y de sus historias de «caza humana», están los nombres de Vanessa Springora, Tita Valencia, Elena Poniatowska, Joyce Maynard y sus historias contadas por ellas mismas, y principalmente la vida de Lucrecia Lanza, todas ellas víctimas de los machos brutos y todopoderosos aquellos, cuya otra vida de intelectuales renombrados era la de simples tramperos rapaces dedicados a cazar adolescentes ingenuas. Constan asimismo los nombres de Eadburg, Ana Magdalena Bach, Molly Bloom, las autoras anónimas de las pinturas rupestres de Altamira y las Venus de Valdivia.

Es importante mencionar que, una vez hechos públicos los delitos sexuales de esos hombres, tan de parte de sus víctimas como de sus abogados, los medios de comunicación y todos quienes ejercían el poderío burgués del cual formaban parte, se convertían en «tiburones» contra las víctimas para destruirlas una y otra vez, por el «delito» de presentar una denuncia, con el miserable objeto de encubrir a las prominentes figuras de las transgresiones cometidas. Una actitud que es la norma en este tiempo infectado por la corrupción y la impunidad más inicuas.

Esta novela me ha hecho recordar el infeliz tiempo de cierto dictador ecuatoriano, que, ante la denuncia de corrupción de alguno de sus funcionarios, él lo defendía a rajatabla, denigrando a los medios denunciantes y encima agasajaba públicamente al corrupto. Pues a propósito de los delitos de Michel Foucault, que la novela de Marcelo Báez, solo alude, por razones de estrategia narrativa, ni siquiera se pensaba en denunciarlo por el hecho simple de que entonces Foucault era un «filósofo dios», según el profesor franco-estadounidense Guy Sorman, testigo principal de sus delitos.

Aparte de la audacia temática de *El síndrome Salinger*, de convertir en ficción los delitos sexuales de grandes figuras literarias desde una perspectiva feminista, hay que mencionar otra audacia más, no menos notable que la primera, la de situar en el mismo nivel de escritura, gracias al recurso de la intertextualidad, escenas de actualidad como la información constante en las plataformas digitales, que fundamenta las violaciones y abusos sexuales narrados, junto a las pintoras de Altamira, perdidas en el tiempo de la humanidad, hace más de 30.000 años, junto a Eadburg, posible autora de anotaciones a los códigos bíblicos del año 750 d. C., y a las Venus de Valdivia, con no menos de 3.500 años de antigüedad.

Pues este recurso dilata el tiempo y el espacio narrativo de *El Síndrome Salinger*; tanto como los niveles de ambigüedad hacia posibilidades quizá desconocidas; puesto que la antigüedad de las mujeres «pintando con sus manos» las paredes de las cuevas de Altamira, y los posibles significados que podrían atribuirse a ese trabajo femenino, contamina la actualidad de las denuncias de las agresiones contra la mujer, y, a la vez, esta actualidad contamina «de agresión» a las mujeres perdidas en el principio de los tiempos. Este hecho de forzar los límites del objeto narrativo fuera

de sí mismo, tiene relación, sin duda metafórica, con el mismo concepto de hombre de Nietzsche: un ejemplar de la especie animal que, en determinado momento de la prehistoria, posiblemente a partir de la invención del lenguaje, según Claude Lévi-Strauss, se escapó de su especie hacia otra especie todavía en el silencio.

Por otra parte, la Historia que atraviesa esa lluvia de meteoros de las historias fragmentarias que componen la novela, y le concede unidad, es la del «famoso crítico y académico» Eduardo Torres, y Lucrecia Lanza, cuyo nombre parece tener una aproximación shakespereana, y cuyo apellido no es indiferente a la función narrativa de «vengadora» asignada por el autor. Por supuesto, no se trata de una unidad etimológica, sino funcional, como supuesta «coautora» de la obra de Báez Meza.

Esta historia tiene dos momentos: la de la crudelísima violación de Lucrecia, prestada del poema de Shakespeare, y la de la venganza de Lucrecia Lanza ejercida «contra el Minotauro» Eduardo Torres, con guiños adicionales a la venganza ejercida por Lisbeth Salander en una de las novelas negras del gran narrador sueco Stieg Larsson. Podría decirse, que en el primer momento de su relación Eduardo Torres caza a Lucrecia y la viola, y en el segundo momento, Lucrecia Lanza caza a Torres y lo denuncia. Una caza menos cruenta que la ejercida por Lisbeth Salander; pero no menos contundente que la de ella, porque las armas de Lucrecia contra Eduardo son periodísticas (aparte de una pistola eléctrica) como redactora freelance de *Ánima*, una revista literaria independiente.

Estas historias y esta novela tienen no poca relación con una cita de Ángel Rama, el gran crítico uruguayo, muerto en un accidente aéreo en el aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid, en 1983, que dice así: «El reino de la justicia está sobre el reino de la literatura, y si esa es interesante es en la medida en que esta refleja a aquella».

Pues *El Síndrome Salinger*, una pequeña gran obra literaria es, a la vez, un acto de justicia por la propia mano, acaso la única justicia que nos queda en este mundo plagado de injusticias. Una obra que ha asumido, no sin valentía y probidad artística, la denuncia de delitos contra la mujer en este tiempo de vulneración atroz de sus derechos, como el de Dominique Pelicot, el monstruo francés que drogó durante diez años a su esposa para que fuera violada por extraños que él reclutaba.

Las denuncias de *El síndrome Salinger* no son justicia policiaca, sino una que cumple, primero, con el estatuto estético de la obra de arte; por la misma razón, tanto o más valederas que la justicia aquella. Se trata de un acto de justicia de un narrador masculino justiciero colocado con todo derecho, no en el lado machista de los victimarios, sino del lado olvidado de las víctimas, olvido que el *Me Too* ha empezado a romper a escala global.

No quiero concluir esta lectura, sin duda incompleta, de la novela del guayaquileño Marcelo Báez Meza, merecedora del premio Miguel Riofrío 2024, una obra que honra al galardón, sin mencionar la última de sus unidades narrativas. El capítulo se titula «Lanza y Adiós». Su personaje es una voz múltiple que asume todos los

nombres de las mujeres y todos los nombres de las iniquidades sufridas por ellas de parte de sus depredadores. Dice:

«Yo naceré en la mitad del año para cambiar la estructura molecular del aire. Yo soy la bruja que redefinió el suelo donde pisas. Yo soy Eadburg, la que hizo anotaciones en el texto de la Biblia, en el siglo VIII. Yo soy la desconocida que fue acosada por redes sociales en mensajes en los que había fotos pornográficas del destinatario. Yo soy la mucama africana sin nombre a la que Pablo Neruda violó en Ceilán. Yo soy la mujer violentada por una manada de hombres necios en la oscuridad de Pamplona, etc., etc., etc.»

Esta múltiple voz universal adquiere la altura y la sonoridad sinfónica del «yo poético» de las primeras estrofas del enorme poema *Boletín y elegía de las mitas*, de César Dávila Andrade, que empieza:

«Yo soy Juan Atampan, Blas Llaguarcos, Bernabé Ladña, Andrés Chabla, Isidro Guamancela, Pablo Pumacuri, Marcos Lema, Gaspar Tomayco, Sebastián Caxicondor. Nací y agonice en Chorlaví, Chamanal, Tanlagua, Neblí..., etc., etc., etc.»

En el *Boletín y elegía de las mitas* los nombres son nombres de hombres y de iniquidades padecidas por el hombre americano bajo el poder colonial español, que abren y cierran el poema y el pasado. Y en la novela *El Síndrome Salinger* son nombres de mujeres y de iniquidades que abren el futuro.

Loja, noviembre de 2024